

PREGÓN DE LAS FIESTAS DE LA PEÑA FUERTEVENTURA SEPTIEMBRE DE 2019

PASIÓN CUMPLIDA

José Yeray Rodríguez Quintana

Profesor Titular de la ULPGC
Académico de Número de la Academia Canaria de la Lengua
Verseador

La isla cumplida
caminando llega
al pie de una ermita
que guarda una Vega.

La espera una imagen
hermosa y pequeña,
que lleva por nombre
Virgen de La Peña.

La Virgen, patrona,
madre y mayorera
protege los sueños
de una isla entera

que cuenta alegrías
o llora tristezas,
que pide ventura
y paga promesas.

Todos los septiembres
su casa se llena,
se juntan los hijos
de una madre buena,

se junta una isla
consciente y dispuesta
fiel a la costumbre
de hacerle su fiesta;

y la Virgencita
que vive en la Vega
bendice el camino
de todo el que llega.

BERLINA MAJORERA

Madre de Fuerteventura,
Virgencita de la Peña,
los majoreros te hicieron
grande siendo tan pequeña.

Para encontrarse contigo
y hacerte un hueco en sus almas
todos llegan caminando
a tu Vega de Río Palmas.

Vienen del sur y del norte
felices los peregrinos
porque a tu plaza y tu ermita
llevan todos los caminos.

Tercer viernes de septiembre
con impaciencia se espera
en tu Vega, en Betancuría
y en Fuerteventura entera.

Queridos todos, muy buenas noches. Seguramente, los que me han precedido en el inmenso honor que hoy ocupa mi corazón, se han expresado en similares términos, pero es que resulta imposible principiar un pregón en un lugar y una fecha tan mágicos como estos y no dar efusivamente las gracias a quienes han confiado en uno para esta tarea. Del mismo modo que agradezco la presencia de mi familia, a la que he vuelto a robar tiempo para dedicárselo a este pregón, agradezco especialmente la posibilidad de hacerlo porque una ocasión como esta me permite agradecer a esta apasionante isla el inmenso amor con el que siempre me ha tratado y que he intentado devolver siempre de la mejor manera posible pero que hoy además tengo la oportunidad de hacer explícito, así que, aunque parezca que estoy empezando por el final, me apetece, exactamente en este momento y con todo el convencimiento, juntar dos palabras que no pueden ser más sinceras y necesarias: Gracias, Fuerteventura.

Va por ti mi canto,
¡oh Fuerteventura!,
secreta hermosura
y mágico encanto.
Tú me has dado tanto
que ya te venero
y tan sólo espero
que esto que te digo
se quede contigo,
pueblo majorero.

Están en tu ser
esas gentes sabias
a las que las gavias
dieron de comer.
Duro fue tu ayer,
un pasado austero;

vacío el caldero
muchas veces viste
pero resististe,
pueblo mayorero.

Tierra de pasión,
tierra de parranda,
momento que agranda
cada corazón.

Tierra de zurrón
de gofio y sombrero,
del que en el terrero
defiende lo tuyo.
Es ese tu orgullo,
pueblo mayorero.

Yo no soy de aquí,
otra fue mi cuna
pero por fortuna
tu amor recibí.
A amarte aprendí
y siendo sincero
devolverte quiero
lo que tú me ofreces;
tú te lo mereces
pueblo mayorero.

He aquí cuatro decimillas, décimas de versos hexasílabos, como los que acostumbra a escuchar la patrona mayorera. Estas decimillas tienen unos cuantos años de vida. Las estrené en Tetir tiempo atrás, pero todas y cada una de las palabras que dije entonces no han hecho sino consolidarse con el tiempo y son el perfecto hilo conductor para un pregón en el que quisiera honrar una isla que como dice uno de los versos que acabo de compartir es tierra de pasión, una tierra apasionada y apasionante, que se nos suele mostrar lentamente pero que se queda para siempre en nosotros, una tierra que nos transforma y nos hace ver el mundo con otros ojos. A ese rumbo me encomiendo con todas mis fuerzas.

Este año, cosas de la vida, me ha tocado pregonar dos fiestas que para sus islas respectivas y para toda Canarias son dos referencias ineludibles: La Peña en Fuerteventura y El Pino en Gran Canaria. Y les voy a confesar que hace veinte días, cuando pregoné en Teror, tenía en mi corazón esta Vega y esta isla, como hoy tengo en el alma la isla en la que nací y su Villa Mariana, y como en aquella ocasión a la Virgen del Pino, hoy me encomiendo a la patrona de Fuerteventura para tratar de estar a la altura de una isla que espera ansiosa sus fiestas y que me ha otorgado la enorme responsabilidad de comenzarlas. Son, por supuesto, fiestas distintas y pregones distintos, pero sí que me emociona la posibilidad de haber pregonado estas dos celebraciones en un año tan especial para la institución en la que trabajo y que tanto tiene que ver con las islas de Fuerteventura y Gran Canaria: la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, que celebra su treinta aniversario en este 2019 y que ha acogido y acoge en su seno a multitud de estudiantes, profesores y personal de administración y servicios nacidos en esta isla cumplida y mágica. Como en aquella ocasión, sin pretender representar otra cosa que mi propio sentir, creo que este pregón también es una hermosa oportunidad para tratar de devolver el cariño que esta isla le ha dado a nuestra Universidad, que en lo que me concierne más estrictamente me ha traído tantas veces a impartir docencia y que volverá a traerme el próximo mes de diciembre a impartir clases en el Diploma de Estudios Latinoamericanos. Suerte inmensa la mía, que he podido vincular mi docencia a esta isla

maravillosa a través de los estudiantes de primaria y secundaria con los que me he encontrado en infinidad de talleres y actividades académicas, un proyecto que desarrollamos con más continuidad en el municipio de Puerto del Rosario, donde también impartí un taller de adultos del que guardo un grato recuerdo y que me ha permitido conservar valiosísimas amistades. También han sido muchos a lo largo de estos años los estudiantes universitarios de grado y máster naturales de esta tierra que me he encontrado en las aulas de la Universidad en Las Palmas de Gran Canaria y a los que siempre trato de acoger con el cariño con el que siempre he sido recibido aquí. Y por si fuera poco, han sido varias las ocasiones en las que he participado en los programas formativos especiales de la Universidad en su sede de Fuerteventura, esos programas a los que antes me referí, impartiendo asignaturas a unos estudiantes motivadísimos que en muchos casos nunca pensaron ocupar un aula universitaria y a las que la casa en la que trabajo les ha devuelto de ese modo la implicación social que la hizo nacer en 1989. Tengo un especial recuerdo de una clase de Literatura Canaria que dediqué exclusivamente a autores majoreros, en la que fue mucho más que emocionante hablar de la obra de Marcos Hormiga y Domingo Fuentes Curbelo teniendo presentes a sus madres como aplicadas alumnas, orgullosas de sentir los nombres de sus hijos en el aula. Por todo ello puedo decir que Fuerteventura me ha enseñado muchísimo; sus gentes, a las que he escuchado con pasión, me han revelado el mágico secreto que guardan quienes viven en esta tierra que siempre se quiere un poco más cada día. Pero puedo decir también a boca llena que Fuerteventura me ha enseñado a enseñar, ese hermoso oficio que, afortunadamente, nunca se aprende del todo. Y me ha enseñado, vuelvo a la idea inicial, quizá con más claridad que otras tierras, que nada humano es posible sin pasión; porque si tuviera que buscar una sola palabra para definir Fuerteventura, esa sería la que no dejaría sitio a las demás.

SORONDONGO MAJORERO

Fuerteventura,
isla cumplida,
tierra de gavias
que paren la vida.

Eres pasión,
eres pasión,
eres pasión
cuánto corazón
le has puesto a tu vida y tus sueños
y así son
todos los majoreros.

Fuerteventura,
tierra y memoria
luz encendida
que alumbra tu historia.

Fuerteventura,
polka y berlina
burro, bardino
cebada y molina.

Eres pasión,
eres pasión,
eres pasión
cuánto corazón
le pones a todos tus sueños

y así son
todos los majoreros.

Fuerteventura,
rosas y cabras,
cantar de cuatro
y de cinco palabras

Fuerteventura
fiesta y puchero
jable, salitre
nobleza y terrero.

Eres pasión,
eres pasión,
eres pasión
cuánto corazón
le pones a todos tus sueños
y así son
todos los majoreros.

La pasión, amigos. Creo que esa palabra define perfectamente esta isla y define, con más perfección si cabe, a sus gentes. Tuve la fortuna de empezar a saberlo en Gran Canaria, de la mano del luchador que más he admirado y que, como tantos otros, forma parte del orgullo colectivo de una isla llena de luchadores inolvidables, de los que salían al terrero a tumbar o a caer. Me refiero al gran Pedro Cano Clavijo, integrante de una saga de luchadores de Tuineje que sigue dando frutos. Pedro llegó a San Mateo, el pueblo donde trabajó mi padre tantos años, en 1983. Pronto llegaron a mis oídos, a los asombrados oídos de aquel niño de cinco años, los éxitos mayúsculos de un majorero que era capaz de llevar sobre sus hombros un equipo y un pueblo y que cuantos más tumbaba parecía estar más fresco. La vida quiso regalarme la posibilidad de compartir equipo con Pedro durante varios años y la admiración desde la distancia se acabó volviendo una amistad que hizo que además mi admiración creciera. Pedro, lo sabrán todos los que lo vieron luchar, era pura pasión sobre el terrero. He visto a muy pocos deportistas con ese pundonor, un pundonor capaz de hacer que el corazón pudiera a veces más que las piernas y los brazos. Pedro es un ejemplo de esa estirpe de luchadores majoreros que no esperaban, que hacían lucha buscando ganarla sin importar quién fuera el contrario, como lo fueron sus hermanos Antonio y Martín, Vicente Alonso, Juan Soto, Juani Franquis y como fueron y como son tantos y tantos otros luchadores y luchadoras que engrandecen la historia de esta isla de lucha. Así son los majoreros, pasión y entrega, y sus luchadores son un fiel reflejo de su pueblo.

La lucha fue precisamente quien me trajo a Fuerteventura las primeras veces, cuando luchaba en el Tinamar, el único equipo en el que estuve. Guardo un especial recuerdo del agasajo que Manolo, el hermano de Pedro, dio en una ocasión a todo el equipo de su hermano en Tuineje, como no podía ser menos con carne de cabra. No recuerdo si ganamos o perdimos aquella lucha pero les puedo asegurar que la carne de cabra no se me ha olvidado. Circunstancias familiares me hicieron dejar la lucha a edad temprana. Si soy absolutamente sincero podría decirles que ella no perdió mucho y yo en cambio gané amistades que conservo y hoy puedo llamar amigos a muchos y entre esos muchos a varios que eran y son mitos para mí, algunos de ellos hijos de esta isla.

Un recuerdo que quiero compartir con todos ustedes me permitirá juntar dos de mis pasiones, que son también pasiones majoreras: la lucha y las cuerdas. Hace algunos años, el profesor José Hernández Moreno, compañero en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, me trasladó la posibilidad de juntar a luchadores que, al mismo tiempo, fueran tocadores o cantadores de música de la tierra. No es un secreto contarles que la isla en la que menos costó encontrarlos fue Fuerteventura. Fue en el Cruce de Arinaga, en Agüimes y allí estaban,

representando a esta isla Vicente Alonso, Juan Soto, el Faro de Jandía, Marcos Hormiga, Domingo El Cuco o Domingo El Colorao, mostrando que la misma voluntad de sus manos y su garganta entre cuerdas y cantares estaba en sus piernas y sus brazos cuando llevaban ropa de lucha. Por aquellos días, Juan Soto me contó que El Colorao, grandísimo luchador en su tiempo, le debe a él tocar el timble de esa manera, porque en una ocasión en la que agarraron juntos le echó a perder el hombro y tuvo que dejar la lucha. Quiero imaginar que a estas alturas Domingo se lo habrá agradecido suficientemente y creo que habrá que reconocerle a Juan Soto que pusiera para siempre nuestro timble en las mejores manos posibles.

Realmente no nos costó encontrar luchadores majoreros que le mandaran a las cuerdas y los cantares porque es raro el majorero que de una u otra manera no se siente parte del calor de la parranda. En pocos lugares nuestra música más íntima tiene la fuerza que tiene aquí, donde se cree en ella apasionadamente y donde es relativamente fácil amanecerse detrás de una guitarra, porque Fuerteventura se ha negado a perder una de sus pasiones más arraigadas y porque como cantaban los abuelos cantan los nietos. Eso explica que más allá de las agrupaciones que han hecho y hacen una labor titánica por preservar las tradiciones folclóricas majoreras, esta isla haya dado singulares personajes que forman parte de una memoria colectiva que los idolatra y los recuerda constantemente.

Cuéntanos, Fuerteventura,
todo lo que has escuchado,
desde el violín de Juan Ruiz
a la gran voz de Navarro;
del jeitillo de Ferrera
hasta el pulso de Santiago,
del gran Esteban Ramírez
hasta el talento de Marcos,
los versos que hizo Juan Vera,
o los de Pedro Camacho,
el timble de Casimiro
o el que toca El Colorao,
las décimas de Tuineje,
Tiscamanita y su Rancho,
el violín de Rafaelito
o el que tocó Valeriano,
el genio de Juan Ramón
y los romances de Marcos,
la gracia de Mingo El Cuco,
o la elegancia de Pancho,
el genial Domingo Peña
o la guitarra de Carlos.
Qué suerte, Fuerteventura,
juntar presente y pasado
las voces que aún te cantan
y aquellas que te cantaron,
las cuerdas que hicieron fiesta
y las que siguen sonando
en una isla que suena
convencida de su paso.
Cuántos que no te nombré
te divirtieron cantando
y cuántas, cuántas mujeres
hecho en falta en el repaso,

ellas, lejos tantas veces,
de la fiesta y sus espacios,
condenadas al silencio
del hogar y del trabajo,
sufridas y arrinconadas,
también cantan y cantaron
y hoy, en las jóvenes voces,
que esta tierra sigue dando
cantan todas las mujeres
que sentimos y extrañamos,
hoy canta Lydia Moreno
sus versos improvisados
o Marta y Paula, dos niñas,
que dan sus primeros pasos
que por algo son del sur
cantando punto cubano.
Qué suerte, Fuerteventura,
que puedas abrir los brazos
y que entre tus brazos quepan
seres tan extraordinarios
que hacen que crezca tu orgullo,
que hacen que crezca tu arraigo;
cuánto te debemos todos
los habitantes canarios
por mostrarnos de qué forma
se hace presente el pasado.
Qué suerte Fuerteventura
que sigas, feliz, sonando
que te arrimes al futuro
tan segura de tus pasos;
que nunca te falten cuerdas
ni voces para cantarlo.

FOLÍAS

Que no te falte el futuro
ni cuerdas para tocarlo
ni almas atentas que escuchen
ni voces para cantarlo.

Hoy se asoma un parrandero
a ver por cada una de ellas
por eso hay tantas estrellas
en el cielo majorero.

Quando se escribe un pregón, siempre se tiene la tentación de hablar mucho de uno, como si eso nos hiciera importantes o como si la gente esperara una biografía más que un pregón. Yo no he podido evitar en algún momento de este pregón referirme a mí mismo y a mi relación con Fuerteventura, pero en mi corazón no hay otro propósito que repensar junto a ustedes esta isla maravillosa, ponderar esa pasión que la hace ser única y traer al recuerdo a algunos seres de esta tierra que nunca se han apartado de mi corazón. Pienso, como pensé antes en Pedro Cano y en

tantos luchadores y más tarde en tantos y tantos cantadores y tocadores, en el recordado colega Francisco Navarro Artilles, con el que conversé muchas horas sobre esta isla por la que se apasionó, o en mi maestro Eugenio Padorno, que tiene lejanas raíces majoreras que se encarga de recordar a cada rato, o en los escritores que enseñó en mis clases y que tienen que ver con estas tierras como Domingo Manrique, Unamuno o Domingo Velázquez. Unamuno, por ejemplo, me ayuda constantemente a descifrar la naturaleza de una isla que le cambió su percepción de Canarias. El Unamuno que salió de Fuerteventura a París no fue el mismo que llegó: él regaló mucho a esta isla, pero Fuerteventura no le dio menos. En su esencialidad encontró esa pasión que no deja de sonar en este pregón de gratitud y afecto. Pero quiero detener mi camino en dos personajes a los que ya he nombrado y quiero hacerlo porque ninguno de los dos tuvo la oportunidad que yo tengo esta noche y porque prefiero sinceramente hablar de ellos que de mí. Uno es Juan Ramón Rodríguez, al que tuve la dicha de conocer y con el que tuve la suerte de cantar. Representa Juan Ramón la tradición verseadora de una isla en la que hay otros nombres imprescindibles como los de Pedro Camacho, Juan Vera, Juan Betancor o Eulalio Marrero, y más recientemente los de Marcos Hormiga, Domingo Umpiérrez El Cuco, Domingo Rodríguez El Colorao o Lydia Moreno. Hace unos veinte días, en su pueblo de Teror, dediqué el pregón del Pino a Antonio Herrera, verseador y rancharo, y hoy quisiera dedicar este pregón a uno de sus mejores amigos, el poeta Juan Ramón Rodríguez, de Tiscamanita, pueblo también de décimas y rancho. Para él, que falleció en mayo de 2017, vayan estas palabras dedicadas a la isla que tanto quiso, la isla de la que salió para trabajar en La Palma, de donde volvió trayendo la décima, que acrecentaba los cantares de cuatro y cinco palabras que conoció e improvisó en su tierra natal. Esa es precisamente una de las más interesantes características de la tradición verseadora de Fuerteventura y especialmente de su norte, la improvisación de cantares de cinco versos, habitualmente llamados de cinco palabras, en los que Pedro Camacho, poeta de Los Lajares y padre de Casimiro, era un consumado especialista, que sembró también esa inquietud en su hijo, porque Fuerteventura es tierra en la que nunca se descuida el cantar por mucho talento que se tenga en las cuerdas.

Otro personaje apasionante que quise y quiero mucho y al que quiero recordar en este pregón es Domingo Peña, natural del Valle de Santa Inés y que vivió buena parte de su vida en Los Llanos de la Concepción. Lo conocí en los últimos años de su vida pero fue una de esas personas que dejan huella. Conmigo y muchos de mis más queridos amigos, trabó una amistad con la que no pudieron ni la enfermedad ni la muerte, una amistad honda que nos hace recordarlo a menudo. Además de todo lo que era, Domingo era un gran cantador, un caballero, atento y servicial, dotado de un magnetismo especial que lo hacían ganarse el cariño de todos. No olvidaré en la vida los generosos gestos que tuvo con nosotros, desde llevar una cabra y un cochino a Gran Canaria para celebrar mi doctorado, hasta agasajar el día del puchero de Los Llanos a los grupos que tocaban en la plaza. Qué suerte haber conocido a Domingo y a su familia, qué suerte haber compartido el camino durante varios años con un majorero ejemplar, depositario de esa forma de encarar la vida que no dejó de encontrarme en esta isla generosa. Ni Domingo Peña ni Juan Ramón Rodríguez tuvieron la oportunidad que tengo yo en esta noche inolvidable. Por esa razón me acuerdo de ellos y los nombro, porque representan a aquellos que han doblado el lomo por sacar adelante a los suyos en esta tierra, a los seres heroicos que admiro y respeto profundamente, que fueron capaces de encarar las dificultades con tanto esfuerzo como buena voluntad y humor. Me permito compartir este pregón con ellos porque es la mejor manera que se me ocurre de compartirlo con el pueblo majorero, el verdadero protagonista de esta fiesta y del día a día de una isla que admiro y quiero. Por eso los traigo a mis palabras y mi corazón, ahora que relato mi amor por esta tierra suya y mía, que disfrutó tanto de sus vidas como ahora de sus recuerdos.

MALAGUEÑAS

Hay en el cielo esta vez
sobre la plaza y la ermita
un rastro de sencillez

que va de Tiscamanita
al Valle de Santa Inés

Están en el corazón
de la Virgen más pequeña
dos almas hechas pasión
son las de Domingo Peña
y el poeta Juan Ramón

Alguien me dijo una vez que los majoreros son como son porque no tienen donde esconderse. En otras islas, donde es otro el paisaje, hay donde pasar desapercibido. Aquí no. Aquí hay que hacer frente a la vida desde una desnudez esencial que obliga a vivir envuelto en esa pasión que atraviesa la isla como el alisio. Los majoreros, acostumbrados a luchar contra la adversidad constante, solo han tenido su propio esfuerzo para defenderse. Así ha sido siempre, y los majoreros del siglo XXI tienen en sus antecesores el mejor ejemplo de esfuerzo y compromiso. Nunca se escondieron. Encararon la vida con la pasión y el rigor necesarios. Qué lástima que algunos, contradiciendo a los suyos, hayan querido esconderse dentro de la Montaña de Tindaya, en un agujero artificial que esta isla no necesita y que ya ha costado demasiado dinero y demasiadas lágrimas. Dejar Tindaya quieta es lo menos que podemos hacer por nuestra propia memoria, una memoria que algunos se han empeñado en pisotear, como quienes quisieron arrebatar las casas del Casco Viejo de Corralejo a sus legítimos dueños. Allí estuvimos los verseadores, desde las primeras manifestaciones, defendiendo con la palabra la palabra dada, la tradición y la costumbre; y quién iba a decirnos que allí nacería un festival que lleva ya catorce ediciones y por el que han pasado muchos de los mejores improvisadores del mundo en lengua española. Pues nació. Y nació con la fuerza de un pueblo que salió a defender su espacio como hicieron en Tuineje cuando la invasión de los ingleses, algo que también solemos celebrar improvisando.

Hagan fiesta, queridos majoreros, júntense y celebren, que esa es también otra manera de defender la isla. Apasionense como siempre han hecho y marquen ustedes el rumbo de esta tierra que parece decirnos:

Yo soy la isla cumplida
llamada Fuerteventura,
en la que la noche oscura
deja una luz encendida.
Por una pared partida
soy gavia en la que sembrar
que quiso el sur estrechar,
para en la marea llena
ser como un reloj de arena
vaciándose sobre el mar.

No dejen, amigos majoreros, que esta isla pierda lo que la hace mágica. Son ustedes su principal valor y es su constancia y su esfuerzo el que deben modelar un futuro que no debería estar en otras manos que en las del pueblo en las de aquellos que eligieron este horizonte para vivir. Los que no somos de aquí compartimos la magia de un lugar al que dicen que se llega llorando y del que se sale llorando. Esta noche, gracias a ustedes, les confieso que me iré repleto de felicidad.

Y hasta aquí llega el pregón,
pero antes de que se acabe

les confieso que no cabe
en mi alma la emoción.
Con infinita ilusión
la invitación recibí
y ahora me pregunto si
conseguí estar a la altura
de lo que Fuerteventura
hoy esperaba de mí.

Les hablé de la pasión,
de Pedro Cano y la lucha,
del amor con el que escucha
la isla su tradición;
hablé de improvisación,
de Tindaya y Corralejo
y ahora que ya me alejo
solo espero que mi escrito
les transmita el infinito
cariño que en él les dejo.

Hablé de Tiscamanita,
de Domingo y Juan Ramón,
del Valle y La Concepción,
y de la Virgen bendita
que es quien nos llama a su cita
desde su talla pequeña
como otra patrona isleña
que recibe la ternura
de toda Fuerteventura
en su ermita de La Peña.

ISA PARRANDERA

Se juntaron grancanarios,
tinerfeños y palmeros
pero en la Vega esta noche
somos todos majoreros.

Que la Virgen de la Peña
la de la breve figura
derrame sus bendiciones
en toda Fuerteventura.

Con este pregón pregono
que ya la fiesta arrancó
ustedes, tal como yo,
se emocionan, me emociono.
La Virgen ya está en el trono
en el que su magia enseña
y al final de mi reseña
proclamo en esta apertura

¡que vivan Fuerteventura
y la Virgen de La Peña!